

El precio de las estatificaciones

Si no estuviéramos tan dominados en la actualidad por los partidismos y sectarismos, los cuales tienen la particularidad de hacer a los hombres, siendo más inteligentes, más obcecados que los propios animales (exentos ellos de semejante mácula intelectual), para aceptar los resultados de la experiencia, los ensayos de estatificación que está realizando el mundo, con estar sólo en sus comienzos, aleccionarían a todos de que se está siguiendo una ruta equivocada. Que los hombres no se dejen convencer por la razón es cosa bastante natural, porque lo razonable es lo que más cuesta de penetrar en la inteligencia de los racionales; es corrientes que prefieran éstos dejarse guiar antes por lo fantástico y absurdo que seduce a la imaginación, que por lo lógico y ponderado, y necesitan recibir muchos golpes de la realidad para convencerse de la razón; pero que esa misma realidad palpitante y palpable tampoco logre convencerles, antes de sobrevenir la irremediable catástrofe, es cosa que excede los límites tolerables del absurdo.

En Francia, las industrias nacionalizadas, apenas se han convertido en empresas públicas, han caído en déficit y han disminuído el rendimiento y la calidad de sus productos, y aunque ese aumento de coste se disimule ante el público haciendo cargar al Fisco con el peso de esos déficits, que se añaden al de su propia Hacienda, no por eso deja de soportar el ciudadano francés en carga de impuestos o en aumento del coste de la vida por disminución del poder adquisitivo del dinero, ese deterioro en la economía de las empresas productoras estatificadas. Ni siquiera se ha logrado con la estatificación evitar las huelgas en los servicios y producciones estatificados; son, al contrario, más frecuentes que nunca y, por ser contra la más alta representación del país, toman un carácter político que no tendrían contra empresas privadas.

Se podrá pensar que, en este caso de la vecina nación gala, es el estado de indisciplina social que múltiples circunstancias accidentales, combinadas con características raciales, han determinado últimamente en ese país, el elemento decisivo, pero en el caso de la Gran Bretaña la justificación no vale. Y los resultados obtenidos en la gran nación inglesa tampoco son muy alentadores. El importante semanario financiero *The Economist*, de ideología liberal muy abierta a las corrientes iz-

quierdistas, y que suele ser muy ponderado en asuntos económicos que atañen a la entraña del país, dedicaba no ha mucho uno de sus artículos de fondo a enjuiciar los resultados de las estatificaciones introducidas por el gobierno laborista, y el juicio era francamente adverso.

Empieza por comentar el periódico inglés las opiniones expuestas por el actual ministro laborista Mr. Morrison, según las cuales dos son las circunstancias que hacen una industria propicia para la socialización: 1.ª, que tenga un carácter básico; 2.ª, que constituya un monopolio o que el interés público pueda quedar mejor servido por el hecho de llegar a constituirlo. Esta limitación del afán estatificador constituye la posición más moderada del socialismo. Mas se pregunta el articulista ¿cuándo ha resultado en mejor servicio del público la intervención del Estado? —Si cuando se trataba de los intereses políticos fundamentales del ciudadano, de sus derechos individuales, de sus libertades, ha habido que rodearle de garantías contra el abuso del Poder, y éste es el sentido de toda la obra política moderna, de todo el progreso de los últimos dos siglos ¿por qué se habría de esperar mejor resultado en el caso de su intervención en los asuntos económicos? ¿Sabrá y querrá ver más claro en el interés del público en esto que afecta a lo más básico de la vida y del bienestar material de los hombres?

La verdad es que esa intervención no nos parece más esperanzadora en este caso, y además resulta más peligrosa, porque amenaza con anular prácticamente la eficacia de aquellas garantías y negar derechos que nunca estuvieron en duda en los regímenes más despóticos del pasado. Compárese la Rusia actual con la zarista y cualquier nación actual con la misma de hace cincuenta años. Dice con razón el periódico inglés que el Gobierno se halla constituido por una serie de departamentos que tienden a poner su interés por encima del interés del público. Y siendo esto así, cuanto más básica sea una industria, mayor es el interés público en su eficacia y, por consiguiente, en sustraerla a la acción del Estado, pues lo único que demuestra la experiencia es que las industrias estatificadas dan productos y servicios peores y más caros; en cuanto al trato que recibe el público, en lo referente a servicios, no tiene que envidiar al de las empresas privadas, aun en el caso de empresas privilegiadas, cuyos abusos suelen nacer

precisamente de su influencia política. Tres razones halla el comentarista británico para ello: 1.ª, la estatificación crea un organismo político pesado y lento; 2.ª, esa organización muestra una gran debilidad frente a las fuerzas sindicales que exigen mucha paga y poco trabajo; 3.ª, constituye un monopolio mucho más despótico y abusivo que el monopolio privado, porque se escuda en un pretendido interés nacional.

Todo esto confirma lo que venimos diciendo hace ya mucho tiempo, pero bueno es saber que, según testimonios fehacientes, la experiencia de los países más adelantados política y socialmente confirma lo que era razonable prever, porque ello permite inducir que en pueblos de menor educación cívica, los resultados serán todavía peores. Aún añade el articulista: No basta decir que un monopolio público está sometido a la intervención ministerial, a su vez fiscalizado por un Parlamento. «Ningún monopolio es tan sordo a las quejas del público como un departamento ministerial. Lo mejor de los monopolios es evitarlos, sean de la clase que sean. Nadie conoce el interés del público como el propio público, ni aun los mejores ministros». Todo esto demuestra que ciertas cosas son iguales bajo todas las latitudes, con pequeñas diferencias de grado, y que el progreso político no ha logrado modificar ciertos hechos básicos.

Lo cierto es que los pequeños países que han resistido, siquiera sea relativamente, a la manía estatificadora y han procurado ordenar sus economías más de arreglo con el patrón clásico, como Bélgica y Holanda, aun siendo países pequeños, débiles y que han sufrido de la guerra como los que más, han logrado reconstituir sus economías mucho más rápidamente que otras de mayores recursos y potencialidad, que se han embarcado de lleno en la tarea socializadora. Y el primer ministro de Bélgica se quejaba recientemente de que el peor mal de la economía belga es el hallarse rodeado de naciones empobrecidas que no podían comprar ni vender a Bélgica, lo que colocaba a ésta en situación difícil. No está mal que se vaya reconociendo que la pobreza de unos no es la riqueza de los otros, sino la miseria general.

Sobre este estado comparativo de la Gran Bretaña y de los pequeños países del occidente de Europa tenemos un docto y reciente testimonio de *visu*, el de la Doctora Irmgard Becker que nos da a conocer en un reciente artículo fechado en Londres, el contraste entre la atmósfera que se respira en la capital británica, de estrechez, de colas, de racionamientos, y el estado de prosperidad y desahogo de las ciudades holandesas y

belgas, también visitadas por la distinguida economista (1).

¿Qué podemos, pues, esperar en lo futuro de la socialización de las industrias? No parece que ni aun los propios socialistas en el poder, los que han podido ver por dentro el resultado del ensayo, esperen mucho. Pero una de las debilidades del régimen parlamentario y representativo es hacer a los políticos esclavos de su clientela y de los compromisos adquiridos con ella. Y es de temer que bajo la presión de esa circunstancia y de la necesidad para ellos de no ser rebasados por los más extremistas, persistan en un error que consume la ruina de su país. Por lo demás, al insistir sobre ese punto, no combatimos la doctrina ni los ideales centrales del socialismo; combatimos una modalidad técnica de su doctrina que nos parece equivocada. La lección no debe ser aprendida tan solo por los socialistas, sino por todos los países que, aunque sea bajo otro signo político, emprendan la misma ruta. Los resultados serán los mismos. Tampoco pretendemos demostrar que el capitalismo tenga razón frente al socialismo. En el capitalismo hay errores que es necesario combatir, y que yo he combatido y combato en nombre de los oprimidos. Pero hemos de combatir lo erróneo y aceptar lo sensato; no caer en la arbitrariedad de rechazarlo todo por pertenecer a un régimen odiado, porque esto es incurrir en un doctrinarismo estúpido y correr el riesgo de empeorar la vida del hombre y de hacer fracasar las mejores intenciones.

GERMAN BERNACER

(1) *Nueva Economía Nacional*, septiembre, 30.